



EUSKALDUNES ILUSTRES.

LOS ITURRALDES DE ORO

(CONCLUSIÓN)

Los protestantes dejaron aclarar el día para dar la batalla y, apenas amaneció atacaron las trincheras construidas en la colina, logrando apoderarse de la más perfeccionada. Recuperáronla los soldados de Idiaquez, que sostuvieron lucha terrible con los de Horne, mientras Weimar y el Duque de Lorena combatían sin descanso en la llanura. Ardiendo en ira arremetió nuevamente el enemigo á la codiciada montaña, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; en los quince asaltos que dió perdió su gente más lucida sin provecho alguno, y, según escribe un testigo presencial, «el valeroso tercio de Idiaquez, *tan probado en Flándes*, mostró con experiencia el coraje invencible de España.»¹ Allí peleó como esforzado capitán Lope Ochoa de Oro

(1) Memorias de D. Diego Duque de Estrada, tomo XII del «Memorial Histórico Español.» Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesus, tomos XIII al XIX del «Memorial Histórico» citado.

Dirigió la batalla de Nordlinghen el animoso D. Fernando de Austria del que dice el Duque de Estrada: «Notóse y aun admiróse en el Cardenal Infante el valor extraño con que gobernaba, pues en sus acertadas disposiciones parecía haber hecho muchos años que gobernaba ejércitos; tan á tiempo socorria y mandaba lo necesario. Murieron á su lado muchos enemigos... Fué esta victo-

Iturralde; cuando más empeñada estaba la contienda una bala de cañon le llevó el brazo derecho, pero él con valor heróico y abnegacion sublime, pidió una pica, y blandiéndola bizarramente en la mano izquierda, alentó á los suyos, y mantuvo su puesto, no cesando de luchar hasta que la indecisa victoria laureó, al fin, á los ejércitos católicos, y pudo ver tendidos en tierra diez y seis mil infantes y seis mil ginetes enemigos, tomadas noventa piezas de artillería y doscientas banderas, y prendidos gran número de capitanes, entre ellos Gustavo Horne, que estaba confuso y hecho mármol» al contemplar tanta desventura.

Admirado de esta hazaña el Cardenal Infante, concedió tres escudos de sobresueldo al mes á nuestro capitan; autorizado más tarde para repartir mayores mercedes, le asignó doscientos ducados de pension; y, juzgando menguada tal recompensa, se dirigió a su hermano D. Felipe IV, á fin de que premiase á Lope, y le diera un destino en que le pudiese servir lo restante de su vida, solicitando esta gracia con las siguientes frases: «yo lo suplico á V. M. muy encarecidamente, pues en sus servicios caerá muy bien esta merced y yo la estimaré en mucho, por el valor y particular demostracion con que se señaló ante mis ojos.»

El 1.º de Enero de 1635 recibió Lope Ochoa licencia de S. A. para regresar á España, donde se le ofrecian negocios forzosos á que acudir, y volvió á su pátria, obteniendo en ella el cargo de Veedor de las reales fábricas de armas de Guipúzcoa y Vizcaya, que desempeñó hasta su muerte, y el nombramiento de capitan ordinario de infantería, que le fué otorgado por decreto de 12 de Agosto de 1641. Por Real Cédula, dada en Zaragoza á 28 de Julio de 1642, se le consignó en efectos sobresalientes de las fábricas de armas la pension de 200 ducados anuales, advirtiéndose en la real disposicion que se dictaba ateniendo consideracion á sus grandes servicios, sin que sea esto de consecuencia para otro, pues habrá pocos de este exemplo» Pero fué escaso el fruto que todas estas gracias produjeron á Lope, pues «en la

ria señaladísima y, si bien el numero de los austriacos y bávaros fué mayor, la gloria, de comun consentimiento se atribuyó al Cardenal Infante, con parecer del mismo Rey (el de Hungría) y demás cabos, por el gran valor que en todos aquellos encuentros mostraron los españoles.» En las principales iglesias de España se celebraron solemnes funciones en accion de gracias por este triunfo.

España del siglo XVII se hallaba admirablemente sistematizado el recurso de no pagar lo que se deben y no es por lo tanto de extrañar que, al ocurrir el fallecimiento de Oro Iturralde, se le estuvieran debiendo los sueldos devengados desde que se embarcó en Gibraltar y cerca de 2000 ducados de la pension, que á duras penas pudieron cobrar sus herederos.¹

Estuvo casado en primeras nupcias en el puerto de Santa María con Doña Gerónima de Bertiz y tuvo en ella diferentes hijos, entre los que merece especial mencion D. Francisco de Oro Iturralde, capitán vivo, que siguió, á su costa, la guerra de Cataluña y murió á consecuencia de una enfermedad adquirida durante el sitio de Barcelona. En segundas nupcias contrajo matrimonio Lope Ochoa con su sobrina Doña Ana de Córdoba, naciendo de esta union D. Lope Nicolás de Oro Iturralde, el cual, llevado por su vocacion á la vida religiosa, tomó el hábito franciscano y emitió sus votos en un convento de Salamanca en 1657.

En la época á que venimos refiriéndonos era frecuente el que varones insignes, encanecidos en las empresas guerreras, se consagrasen en su ancianidad al gobierno de las villas y ciudades. La musa incomprable de Zorrilla nos ofrece el prototipo de estos caballeros, al trazar el retrato de D. Pedro Ruiz de Alarcon, que puede tomarse por fiel imágen de Lope Ochoa de Oro cuando dice

Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazon.

Pues bien, el héroe de Nordlinghen pagó dignamente tributo á esta laudable costumbre, ejerciendo el cargo de alcalde de Mondragon, villa que á la sazón gozaba de una importancia que no es fácil deducir de su actual estado. El día 12 de Marzo de 1646 exhaló el último aliento Lope Ochoa de Oro, en su casa de Mondragon. Su cadáver fué enterrado, con solemnes exequias, en la capilla de San Pedro de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, en la sepultura de sus mayores, según disponia en el testamento que otorgó días

(1) Puede verse en la monografía «Alberto Struzzi y su ejército,» escrita por D. Pedro Madrazo, «cómo se pagaba en España en el siglo XVII». Ocuparía buen número de páginas la historia de las gestiones practicadas, durante largos años, por los herederos de Oro Iturralde, para cobrar los haberes de este.

ántes; por testimonio de Santiago de Uruburu, y en cuyas notables cláusulas se reflejan á la par la piedad de su alma, sinceramente cristiana, y el tierno afecto con que amaba á su familia.

Volviendo á tomar el revuelto hilo de esta genealogía, nos cumple dar cuenta de la sucesion que tuvieron Doña María Ochoa y Doña Catalina de Oro Iturralde. Casada la primera con Pedro de Zabala tuvo de él al Licenciado D. Estéban de Zabala, abogado del Concejo de Mondragon con el sueldo anual de 3000 maravedis. Doña Catalina contrajo matrimonio con Andrés de Córdoba, y fueron sus hijos Doña Ana de Córdoba, que casó en primeras nupcias con su tío Lope Ochoa, como queda dicho, y en segundas con el capitan D. Juan Bautista de Barrutia, y el Doctor D. Martin de Córdoba y Oro. Nació este último en Mondragon á 9 de Agosto de 1615 y su bautizo fué celebrado cual correspondia al del primogénito de la casa de Córdoba y vástago, al propio tiempo, de la de Iturralde. Los más arraigados *andikis* de la parentela acudieron á festejarlo,¹ como si presintieran la brillante carrera con que su nuevo deudo iba á señalarse entre los hombres de letras.

Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Alcalá de Henares, en la que se graduó de Licenciado en Artes. Recibió en la de Oñate el grado de Licenciado en Teología, con aprobacion de todos los Doctores de la Facultad de *toto rigor et justitiæ*, y el de Doctor en la propia facultad en 27 de Marzo de 1639, con la pompa y solemnidades acostumbradas entónces. Por Agosto de dicho año fué elegido en la misma villa colegial del de Sancti Spiritus; hizo oposicion á las cátedras de *prima y vísperas* de Teología, de Artes y de Filosofía natural, ganando las cuatro que regentó con general aplauso de la Escuela, en la que presidió, además, muchos y diversos actos de su Facultad.

(1) Del vallo de Léniz concurren el Sr. D. Pedro de Galarza, Juan Fernandez de Ocaranza y Maetzu, su esposa Ana de Córdoba y una hija de ambos; del ralle de Aramayona Juan de Oruna y su mujer y de la villa de Mondragon D. Francisco y D. Antonio de Ibinarri, Doña María de Zaráa y Bolibar. Juan de Oro Iturralde y su esposa Doña Agueda, Estéban de Aspilaga y su mujer Doña Maria de Oro Iturralde y Lúcas de Lizargarate con su mujer Doña Juana de Sopena y una hija; total diez y ocho personas. No se observó, pues, como no se ha observado en nuestros tiempos, la Ley 1.^a título XXVII del Fuero, que ordena «no se pueda convidar á bodas sino es á parientes hasta el tercer grado, ni á bautizos sino es al compadre y a la comadre y hasta seis personas: por evitar las muchas costas, daños y escándalos é inconvenientes... y poner algun orden y concierto para lo que tanto importa á la conservacion de los bienes y haciendas de los caballeros hijosdalgo, vecinos y moradores de la provincia.»

Pero sus vastos conocimientos requerian, para mostrarse, campo más dilatado y lo hallaron en la ciudad de Salamanca, verdadero emporio de las ciencias en aquellos siglos. Incorporóse, pues, á la universidad salmantina; leyó en ella públicamente la materia de *Simonia in scriptis* en el curso de 1643 á 1644 y la de *Sacramentis in genere in scriptis* en el inmediato, siendo grande el número de sus oyentes, y fué continuo arguyente en los actos de Teología. Ingresó en el Colegio Mayor de San Bartolomé, llamado el Colegio Viejo, que gozaba de fama universal, como lo prueba el haber sido consultado en el siglo XVI sobre el divorcio de Enrique VIII de Inglaterra con Doña Catalina de Aragón. Al segundo año de su adscripcion ganó D. Martin la cátedra de Regencia de Artes, y, ántes de cumplir el tercero, la canongía magistral de Coria, en competencia con renombrados sugetos. En 1648 representó á su iglesia catedral en la congregacion general que el estado eclesiástico celebró en Madrid. Finalmente, en Mayo de 1650 hizo oposicion á la canongía de Sagrada Escritura de Cuenca. Despertó extraordinario interés este concurso, pues tomaban parte en él catorce doctores ventajosamente reputados. Antes de comenzar los ejercicios era mucha la impaciencia, mediaban acaloradas discusiones y hasta se cruzaron traviesas entre los partidarios de unos y otros opositores; pero á la postre hubieron de reconocer todos la superioridad de Córdoba, y, uno de sus adictos, ufano de haber ganado su apuesta, le dedicó la siguiente décima:

Córdoba ilustre, tu gloria
 Aun á más que á ti se extiende,
 Pues que gana el que pretende
 Asegurar tu victoria.
 Dilátese tu memoria
 En tan gloriosa porfia;
 Siendo el premio ó siendo el dia
 A tanto saber grandioso
 (Por no dejarle quejoso)
 De la mitra profecía.

No tardó en cumplirse este vaticinio, pues al poco tiempo le fué ofrecido á D. Martin el arzobispado de México, luego el obispado de Ciudad Rodrigo y últimamente el de Orense; pero, con una humildad que le enaltece aún más que todos sus triunfos literarios, rehusó la mitra y continuó de prebendado en la iglesia conquense, hasta que

pasó á mejor vida en 21 de Marzo de 1658 á los 44 años de edad. Fué universal el sentimiento que su muerte produjo en la Ciudad, en la que era por todos amado y venerado; lloráronle tambien sus doctos colegas, y el Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca, al asentar su partida de defuncion,¹ le dedicó un elogio que, por su autorizado origen, supera á cuanto pudiera hoy escribirse en honor del Doctor mondragonés Dice así: «Murió con opinion de exemplar y santo varon y de grandísimo letrado. Pareció que en el se vió restituida aquella primera índole de nuestro Colexio, quando, á pocos años de su fundacion, llenó el mundo de varones santos y doctos; prometia su elocuencia y su doctrina que habia de ser un milagro de sabiduria y un prodixio de virtudes. Quiso Dios coronarle temprano con la inmortalidad gloriosa; llevóle del siglo ántes que se viera ilustrado de la inmortalidad caduca. Feliz es su memoria, pues merece la tenga el colexio de este su digno hijo, y así le damos aquí estas breves aunque debidas alabanzas.»

JUAN CÁRLOS DE GUERRA.

Mondragon Octubre de 1884.



(1) Al folio 355 del libro titulado «Fundacion del Colegio Viejo de San Bartolomé.»